BREVE ALOCUCIÓN

pronunciada

al inaugurarse la estatua erigida en Orizaba al

Sr. Cura Don Jose Nicolas del Llano

el 4 de Diciembre de 1898.

SEÑORES:

POCO tengo que añadir á las elocuentes palabras que habéis escuchado en este día. Movido por entrañable afecto á la tierra natal y obligado á ocupar esta tribuna por la participación que se ha querido darme en la realización de un proyecto largo tiempo ha concebido y llevado hoy á feliz remate, sólo vengo, en nombre de los habitantes de Orizaba, á tributar un homenaje más de sincera admiración y de tierno agradecimiento al hombre extraordinario, ídolo un tiempo del pueblo orizabeño, cuya efigie, levantándose allí á la sombra de nuestra iglesia parroquial, centro de donde irradiaron los fulgores de su ardiente caridad, ha de ser en lo de adelante, testimonio patente y perdurable de que la gratitud no es una virtud desconocida entre nosotros.

Para dar cumplimiento á mi propósito no he necesitado escribir un discurso; me bastará solamente, durante los breves momentos en que debo ocupar vuestra atención, evocar mis recuerdos personales.

Era yo niño, y me encontraba todavía distante de la edad en que comenzamos á darnos cuenta de los sucesos que pasan á nuestro derredor y á medir su trascendencia. En la fúnebre y fría noche del 11 de Octubre de 1849, á través de una de esas nieblas otoñales, precursoras del invierno en nuestro suelo, que quitan al sol sus resplandores, cuelgan de nuestras montañas como largos cortinajes de luto, y haciéndose después más densas, envuelven la ciudad como un sudario, ví pasar ante mi vista, conmovido y aterrorizado, un fúnebre cortejo.

La luz incierta y vacilante de las hachas que alumbraban su paso apenas si bastaba para atenuar aquella profunda obscuridad, y el pavoroso silencio que reinaba en todas partes, sólo era interrumpido por el fúnebre tañer de las campanas y los sollozos comprimidos de la multitud de personas de todas clases y condiciones que formaban aquella triste procesión. Era el cadáver del Sr. Cura D. José Nicolás del Llano, que se veía transladado de la casa mortuoria á la Iglesia de la Santa Escuela, mientras se

disponían las fúnebres exequias que debían celebrarse al día siguiente.

¿Por qué, me he preguntado después, ese duelo universal? Bien lo sabéis, señores, es que el Sr. Cura del Llano amó á su pueblo con entrañable amor, se identificó con él compartiendo sus tristezas y haciendo suyas sus alegrías; alivió al necesitado en su miseria; dió consuelo al desvalido en sus cuitas y amarguras, y consejo al poderoso en sus incertidumbres; fundó escuelas y cátedras para la enseñanza de la niñez y la juventud; realizó obras de comodidad y ornato para la población; se interpuso como mediador pacífico entre vencedores y vencidos en el largo y funesto período de nuestras disensiones civiles; desarmó la injusta ira de un invasor extranjero, y con sublime abnegación y espíritu verdaderamente evangélico, ofreció su vida en holocausto por la salvación de su pueblo, cuando una peste asoladora y terrible amenazaba la ciudad.

Esto bastó para explicarme aquel general quebranto, aquel duelo universal que en mi niñez no había alcanzado á comprender. En tiempos posteriores pude medir la intensidad del amor que los orizabeños profesaron al Sr. Cura del Llano. Puedo atestiguarlo de ciencia cierta y conmigo innumerables personas, hasta hace pocos años

no se entraba á una casa, en Orizaba, por pobre y miserable que fuese, sin que se viese en ella, colocada en lugar preferente, una de esas litografías que contienen el retrato del Sr. Cura del Llano, de las cuales quedan ahora tan raros ejemplares.

Pues bien, señores, esas lágrimas que regaron nuestras calles el 11 de Octubre de 1849, no se han secado del todo; esos gemidos que algunos de vosotros escucharías, como yo los escuché, en aquella fúnebre noche, cuyo recuerdo conservo grabado en mi memoria, han encontrado un eco en una generación venida al mundo en tiempos posteriores. Cuando tan sólo quedan, como soldados dispersos en un día de batalla, uno que otro individuo de los muchos que conocieron al Sr. Cura del Llano; cuando nosotros los que sólo de vista le conocimos y apenas si como entre sueños recordamos su noble fisonomía, no vemos lejano el término de nuestra vida; cuando las costumbres han cambiado y preocupaciones de otra índole embargan nuestras mentes, una nueva generación se levanta, y fiel á las tradiciones de nuestros antepasados, viene hoy á pagar la deuda de amor y agradecimiento que nuestros padres contrajeron.

¿No es verdad, señores, que es este un espetáculo consolador para el espíritu tantas

veces abatido al contemplar la indiferencia y el desdén que de ordinario son la recompensa, de la abnegación y la virtud? Es que en el orden moral como en el orden físico del mundo, en ese incesante trasegar de nuestra vida, en medio de ese cúmulo de miserias que forman nuestru existencia, para gloria del linaje humano, hay siempre algo que se va y algo que se queda; alguna cosa de noble y levantado que se oculta en el fondo de nuestro sér: las flores del sentimiento y de la gratitud se marchitan, es verdad, pero secas y deshojadas conservan todavía el suave perfume con que en un tiempo, frescas y lozanas, perfumaban el ambiente.

Hé aquí, señores, por qué en ésta que podemos llamar una fiesta de familia, á la cual bondadosamente han prestado su concurso personas distinguidas á quienes podemos contar entre los nuestros por la hidalguía de sus sentimientos y la nobleza de sus afectos, veo no sólo justísimo homenaje tributado al mérito, sino también motivo de legítimo orgullo para todos los orizabeños

Aunque tarde, hemos cumplido una obligación sagrada; la memoria del benemérito Párroco de Orizaba, conservada hasta ahora en el recinto del hogar doméstico

co, perpetuada sólo por las conmovedoras escenas que las madres referían á sus hijos, oculta, por decirlo así, bajo el modesto velo de una tradición privada, se ha hecho patente á todos, presentándose con los esplendores de un duelo universal. Ya no es la gratitud de un individuo ó de una familia, sino el agradecimiento de una ciudad entera, lo que se ofrecerá á la vista del viajero y de las generaciones futuras, simbolizado en la hermosa obra artística que hoy, después de tantos afanes y de no pocas contrariedades, hemos tenido la satisfacción de inaugurar.

Os felicito por ello cordialmente; y en vista del ejemplo que acabáis de dar, mostrando que sabéis estimar la virtud y recompensar el mérito, abrigo la esperanza de que nunca faltarán en Orizaba ciudadanos honrados y generosos que promuevan su engrandecimiento, hombres sabios y sensatos que nos ilustren con sus consejos y nos fortifiquen con sus ejemplos, sacerdotes llenos de abnegación y caridad que compartan nuestros dolores, enjuguen nuestras lágrimas, y derramen el bálsamo suavísimo de la caridad cristiana en las heridas que todos, ricos y pobres, poderosos y desvalidos, recibimos de continuos en los rudos combates de la vida.

INDICE.

Págs.

Apuntes biográficos del autor V

Discurso leído al inaugurar sus trabajos la sección literaria de la Sociedad Sánchez Oropesa, en la noche del día 31 de Diciembre de 1880..... 1

Discurso leído con motivo de la inauguración de los nuevos salones á los cuales fué trasladada la biblioteca del Colegio de estudios Preparatorios de Orizaba.—Septiembre de 1881..... 25

Estudio sobre la poesía descriptiva, leído en una de las sesiones de la sección literaria de la Sociedad Sánchez Oropesa.. 45

Discurso pronunciado en el Teatro Llave, de Orizaba, el 2 de Julio de 1882, con motivo de la solemne distribución de premios entre los expositores que concurrieron al Primer Certámen Veracruzano. 71

La poesía dramática de la India (estudio literario)..... 85

Apuntes biográficos del Sr. D. Mateo Botte-